

grafía quiero escribir, para dar idea del empleado de mis tiempos.

D. M. pisaba los talones á las sesenta navidades: era entrecano con prominente furia, cutis de pergamino amarillento, ojos grandes y abotagados, boca contraída en el centro, cuello largo, anguloso, con ciertas pretensiones de arrogancia y ciertos toques de barba de melodrama.

Levantábase mi modelo entre siete y ocho de la mañana, con su bota reluciente de pico trozado, su pantalón de tapabalazo y su corbata de collarín de terciopelo que agarrotaba y mantenía erguido su cuello.

Había tomado, al levantarse, unos tragos de cocimiento de ruibarbo para apaciguar la bilis.

Para desayunarse se ponía holgado chaquetón de indiana, mientras cepillaban el alto sorbete y el imperdonable fraque negro oliendo al chinguirito y al agua de romero que servían diariamente para su purificación.

Sentado á la mesa, con el gato sobre ella y su perrillo al pie, tomaba *el de caracas* con *huesitos de manteca de la Santa Fe* ó casa de Ambrís (calle de Tacuba), su pequeño vasito de leche y su agua purísima dejada al sereno para regalo del consumidor.

Sólo interrumpía D. M. acto tan importante, para enviar atento una sopa de su chocolate al loro querido, que desde su estaca atronaba los vientos chillando el Santo Dios y tocando la trompeta.

Terminado el desayuno, llamaban á D<sup>a</sup> Duvige, digna

consorte de M., quien le hablaba de usted, para que le abriese la raya y le batiere la furia.

Cepillados escrupulosamente frac y sombrero, doblado con esmero el paliacate en la bolsa del costado, tirante y bastón en mano se dirigía D. M. al altar del Perdón á la misa de ocho y media, que no tardaba ni más ni menos de los veinte minutos que reza el ritual.

A su entrada en la oficina, con el sombrero puesto, veía con el rabo del ojo que le apuntase el portero en la lista *de horas de asistencia*, y se dirigía á su mesa.

Era esta un mueble tosco y macizo con su carpeta verde, engalanada con una águila amarilla hecha con no se qué mixtura y ondas y pajaritos de pésimo gusto en las orillas; al frente de la mesa, esperaba ancho sillón con su cojín de gamuza y en el asiento sobrepuesta una piel de tejón, muy recomendada por la higiene de la vida sedentaria.

A la derecha del sillón, á conveniente altura, se veían unos pliegos de papel pegados con oblea, y un clavo en el centro, aparato que servía de percha.

Arrellanado D. M. en su sillón, abría la enorme papelera que ocupaba el centro de la que era almacén de todos los útiles, y relicario precioso de todos los primores burocráticos de D. M.

Veía la luz primero una especie de tabique pequeño de tafetán verde para interceptar la vista y modificar la luz. En seguida un enorme tintero de plomo de forma circular, un poco de tinta con su palillo sucio y sus algodones para que se conservara negra la tinta:

una ampolleta de barbero, con agua, depósito de las plumas de ave tajadas de distintos gruesos para carátulas, letras mayúsculas y escritura corriente; una bandejilla de hojalata llena de marmaja, su oblera de latón con su tapa; en una palabra, *el recado* de escribir descansando en un tapete de hule, inseparable del trapo con que se limpiaban las plumas. En el opuesto lado tenían asignados sus lugares el cortaplumas, las reglas anchas y las cuadradas, la *falsarregla*, barrillas de lacre, un cuadrito de hule para borrar líneas de lápices, una botellita con polvos de goma para las raspaduras, y en un papelillo clavada una aguja gorda rodeada de hebras de pita para coser los expedientes.

El reverso de la papelera lo coronaban dos estampas enormes. Una de la Virgen de los Dolores, otra de S. Juan Nepomuceno con su lengua en la mano, abogado de la honra.

Para comprender el interior de la papelera, serían necesarios un plano, un inventario, una guía, una brújula y un Cicerone. Allí se encontraban remedios para los callos y botiquín para los ataques repentinos; allí tarifas para abreviar las operaciones del despacho, compases y tijeras, bizcochitos y dulces de monjas, una redomita con jerez superior y una cajita con polvo colorado para descargar la cabeza; por supuesto que no faltaba en aquella abreviatura de almoneda, ni un soneto á la Virgen, ni un convite de toros ó teatro, ni una invitación para una cantamisa.

Arreglado el escritorio, se arrellanaba fatigado en su

sillón y cercenaba la curiosa bolsita de terciopelo con la piedra, la yesca y eslabón para saborear su purito de á ocho, que era su delicia.

Acudían á ese tiempo varios compañeros, y se ponía á discusión el sermón, ó la comedia, la corrida del domingo próximo, etc., con su sazón de crónica escandalosa y sus cuentecillos colorados.

Al lado de la mesa solía verse instalado un meritorio con su cartera de papel al frente, toda borrajada, mechudo y encogido, de chaqueta de *indiana* y pantalón de piel de tusa, de zapatón ladeado y espini-lla al aire libre.

Este muchacho santurrón y taimado, paloma con el jefe, tigre con los causantes, era la víctima de Don M., pero la víctima se vengaba haciendo su caricatura y publicando sus poridades.

Durante los preliminares de instalación y la charla de saludo, los interesados bufaban, el chico hacía carretas ó copiaba versos, y no había más remedio que esperar.

A las once de la mañana, y cuando apenas acababa de tajar su pluma Don M., llegaba la criada con la canasta y la portavianda del almuerzo.

Alzabase la tapa de la papelera, se tendía la servilleta, se aprestaban el salero, la botella de puique y el vaso, el pocillo con la salsa de jitomate, la tacita con dulce de tejocote, y se almorzaba sirviendo la garbancera tiznada y ladina, que tenía muy avanzadas sus relaciones con el meritorio.

Terminaba el almuerzo, que solía durar más de una hora, con la tostada de ordenanza ó con un taco de pan con sal.

A las dos de la tarde cesaba el despacho para el arreglo de las mesas de contabilidad; á las dos y media comenzaba Don M. á limpiar ó recoger los útiles, y á las tres en punto, jadeando y de mal humor, volvía á su casa después de haber dado cumplido lleno á sus deberes.

Don M. había sido pésimo estudiante en sus primeros años; pero había *echado* toda gramática, y era el verdadero secreto de su elevación unida aquella circunstancia á su intransigencia en aquello *del cuarto margen, gaza y tres puntadas* para expedientes y distinciones exactas de registros, minutas y tocas.

En su conversación sembraba orgulloso aquellos latines de *amicus amica veritas, inteligencia pauca, timebunt gentes, qui polis capeat, prisves es esse, finis coronat opus* y otras lindezas que son para algunos como el floreo del talento y que tanto alucinan y deleitan á los que menos las entienden.

Las lecturas de Don M. le hacían citar al país de las Monas y los viajes de Gulliber, algo de los viajes de Anquetil, avanzándose hasta á ensalzar las cartas del Filósofo Rancio y los sermones del padre Avila. Para con la gente de respeto y con sus íntimos, no era extraño á las zanganadas de Pigault Lebrun ni desconocidas las aventuras del Baroncito de Faublas. Con este capitalito de erudición, sus relaciones con sacerdotes

notables por su saber y santidad y su carácter de Cochero de Nuestro Amo, no le faltaba ya el albaceazgo, ya la administración de las casitas de una viuda rica; ya la liquidación de una testamentaria.

Había sido iturbidista hasta la médula de los huesos, y en cuanto á sus creencias políticas, decía que *era mueble de traspaso*, que él servía á quien le mandaba y que el empleado no debía tener opinión.

Pero ya es tiempo que dejemos á D. M. que juegue su malilla con el Padre Vicario de la Parroquia vecina y su barbero, y que salgamos de esa maquinaria de extorsión y retroceso que se llamaba y se llama Renta de Alcabalas.

No obstante el hábito y mis pocos años, me impresionaban hondamente los indios infelices que dormían á la intemperie y casi desnudos porque no podían sacar la prenda; los comisos en que eran jueces y parte los empleados; los robos con el nombre de extravío de ruta con oficial destino; la mancha, el descuido castigados con la confiscación; la lucha entre la codicia y la astucia, la fuerza y la mala fe y la competencia de las infamias de los unos con la ley en las manos y el pillaje de los que sabían emplear con habilidad el soborno.

Por mi dicha pasaba como por entre espinas por estas desabridas y aun amargas ocupaciones, y al reasumir mi soberanía, me encontraba ágil, alegre, listo para todo género de diabluras.

Es hoy, y sinceramente no puedo explicarme el ar-

dor, igualmente febril, con que corría tras de los placeres, la bulla y el escándalo, y la pasión al estudio á que consagraba mis vigiliás, y me hacía solicitar sediento y apasionado las lecciones de humanidades de Quintana Roo, las de derecho de Iglesias y las científicas de Ramírez.

Entre breñales y flores se abría como aislada la religión de mis primeros amores; se alzaba con majestad mi culto á la patria y se escuchaban, como arrullos aves lejanas al caer de la tarde, mis recuerdos de niño y el amor de mi madre; y no le pongo aquí el señora, como debía, porque me parece que con esa reverencia la alejo de mi corazón.

El Café de Veroly era por entonces el punto de cita de la moda; militares briosos, abogados parlanchines, tahures manirroto, cómicos, niños finos, galanes amarretados y periodistas « que podían, — como decía Sancho, — llevar un púlpito en cada dedo. »

La parte superior del edificio era casa de huéspedes como hoy, con angostos corredores que daban al patio. Éste era, y es, cuadrado; el conjunto estaba cubierto por un techo de cristales.

En el patio, bajo los corredores y rincones había distribuídas mesillas redondas descansando en tripiés de fierro y calculadas como para cuatro personas y sobre ellas, á trechos largos, se veían grandes depósitos de ceniza con brasas ó braseros de lumbre para encender cigarros y puros.

En el fondo del salón se encontraba el despacho con

el mostrador lleno de bizcochos, y charolas para servir, con tostadas y molletes, el café y el chocolate, y no escaseaban copas y botellas para servir á los marchantes pasajeros catalán y licores.

Había mesas de ocupación permanente, de jugadores de dominó y de ajedrez. Entre estos últimos figuraban Carughón, D. Manuel Rodríguez, y sobre todos, Leandro Mosso, destrísimo también para el billar y para los juegos de cartas.

A las mesas de dominó se agolpaba gran número de cócoras, cruzándose anécdotas picarescas, crónicas.

En una mesa imperaba Pancho Rebot, llamado familiarmente el Manco Rebot, marino simpático, calavera seductor, moreno, mofletudo, altivo, limpia dentadura, con una conversación sembrada de anécdotas, salpicada de malas palabras y sazónada de chistes divertidos. Á su alrededor brillaban los calaveras de su jáez y militares de cierta instrucción y nombradía, de la escuela de Requena, de Tola, de Cela y de Iniestra. Había, como suele en estos grupos, *Nenes*: así se llamaban á los pollos aprendices de hombres de mundo, pedantes, desgarrados y ridículos.

Uno se hacía admirar, porque teniendo cinco queridas, á todas dió cita para determinado lugar, previéndolas antes vistiesen del mismo color y se presentasen de la misma manera.

Otro provocaba la hilaridad relatando su fuga de una dulcería en que un airado marido le quiso matar y que al huir tropezó con un caldero de miel, que le

bañó completamente, sin saber por dónde ir ni dónde esconder su pegajosa desventura.

Aquel, para encarecer su ingenio, refería que estando pobrísimo y con una querida exigente, la invitó en las vísperas del día de su santo á que se reclinase en su pecho donde la dama se durmió; entonces la echó de sí, la injurió, la inculpó de haber dicho ternezas á un rival, y verificó el más económico y triunfal de los rompimientos.

Un militar explicaba el origen del dicho *cartucheras al cañón*, del modo siguiente:

El coronel D. Juan José Andrade era el tipo del militar antiguo, moreno, negro bigote retorcido sin pretensión, pecho saliente, andar desembarazado, poco comunicativo y rigidísimo hasta la exageración en materia de disciplina. La familia toda tenía el propio tipo y D. Juan contaba que el general su padre, habiendo dado orden para que no llegasen coches á la entrada de un teatro, el cochero se creyó facultado para quebrantar la orden: el centinela, que tenía la consigna, marcó el alto; el cochero insistió, alegando el nombre del general; el centinela, atento á la orden, repitió la prohibición; el cochero se dispone á atropellarlo; el centinela atraviesa con su bayoneta una de las mulas, y paró el coche: entonces el general salta del coche, gratifica y manda se ascienda al soldado, castigando severamente al cochero.

Pasaba un día revista D. Juan José, y para probar el estado de instrucción de sus soldados, les mandó el

ejercicio de *once voces*; una de ellas era «cartuchos al cañón.» pero equivocándose D. Juan, gritó: *¡cartucheras al cañón!* Unos no hicieron caso y vaciaron sus cartucheras; pero otros se quedaron con la cartuchera en la boca de los fusiles. . . . D. Juan los vió severo. Uno de ellos, señalando la cartuchera y la boca del fusil, le dijo:

—Mi coronel, no cabe.

—*¡Quepa ó no quepa!* el que manda no se equivoca. Y esto ha pasado como tipo de la infalibilidad militar.

En un corrillo de viejos verdes, se referían, ya los ingeniosísimos robos de Garatuza, ya las chispeantes coplas del Negrito poeta, ya las rarezas del actor Luciano Cortés que pasaba horas enteras en el Mercado, estudiando actitudes, costumbres y lenguaje de los léperos; ya los agudísimos dichos de la güera Rodríguez; ya explicando el *Vinatero*, invención de Garmendia, que después tomó el nombre de *gregorilo*, y que me viene en gana contar á mis lectores.

Se elegía un payo bilioso y atrabancado de escaso chirumen, de quien con anterioridad se indagaba vida y milagros. Se le convidaba á tertulia ó paseo nocturno, y al retirarse los concurrentes, alguno proponía echar un trago de despedida.

Se había señalado de antemano el local á propósito para el vinatero, que debía ser en esquina, no habitado en las noches, como pulquería, carnicería ú otro comercio cualquiera. Invitado el payo para la supuesta vinatería á tomar un vasito de catalán ó de *rompope*, se colocaba la

conurrencia en una parte del ángulo de la esquina mientras en el otro se colocaba muy cautamente el cócora encargado del «Vinatero» y que se suponía en el interior de la tienda.

(Se acerca el grupo y uno toca la puerta).

—El fingido vinatero tose repetidas veces, y haciéndose gachupín terco:

—¿Quién va? ¿qué se ofrece?

—Una botella de catalán, unos vasos, una botella de rompope—levántese usted.

—Pues sabe usted que no me pega la gana—vayan alante.

—Hombre, sea usted buen amigo. . . . Vea usted que vengo con personas de respeto.

—¿Y qué me dan respeto cuatro borrachines desvelados?

—¿Cómo borrachines? ¡insolente! aquí está D. Manuel de la P. de la Hacienda del Grillo.

—Bonito pícaro . . . . ¡Serenao bruto!

—¿Cómo andamos hay? clamaba el payo. Usted no me conoce.

—Como si lo acabara de desensillar—La madre fue así, el padre asado, él un redomado pillo, ladrón, que vive de su mujer. . . . .

El diálogo se enciende, llueven las desvergüenzas, puños y piedras retumban en la puerta, el payo está fuera de sí y sin sentido, deserta la concurrencia hasta quedar solo el ranchero, en espera de su ofensor para beberle la sangre.

Amanece Dios, llega el carnicero ó pulquero con las llaves . . . . el ranchero queda estupefacto al encontrar la accesoria vacía . . . . y saber que le han jugado un «Vinatero.»

Sin segunda mira política, ni religiosa, extraño aquí á toda tendencia, sin pizca de interés de filosofar ni de meterme en camisa de once varas, diré que dejando en su buena opinión y fama á las lumbreras de la Iglesia, no había tesoro de placeres, ni mina de delicias, ni océano de encantos y satisfacciones comparables á los manantiales de contento que encerraban las buenas relaciones con los frailes, y más particularmente con ciertos frailes.

Y esto no lo digo sólo por los capítulos, tomas de hábitos, bendiciones de casas y haciendas, que eran alfólies de fandangos, motivos de succulentos comelitonnes, etc., todo en ejercicio del Santo Ministerio, sino por las condiciones peculiares de cada sacerdote y el oficio que desempeñaba.

Y si bien los frailes mendicantes, pastoreaban las almas sin grandes emolumentos, eran en cambio más variados, ya en plata, en son de mandas y misas, triduos, novenarios, desagravios, retiros, panegíricos y otros sermones; ya en especie, como chocolate riquísimo para el consumo diario, ya jaleas y cajetas para regalo de la mesa, ya la cecina ó el borreguito de aguinaldo; ya, por último, la caja de oro para rapé al predicador, la purera riquísima ó la cigarrera de plata, oro y chaqui-

ra, el pañuelo bordado, las medias y monteras. En cuanto á los frailes ricos era otra cosa: eran imposiciones é hipotecas, administradores y mayordomos, eran las más grandes, más pingües y más opulentas posiciones del país, veneros de fortunas mundanas, resorte positivo de poderosísimas influencias, secreto del fervor *religioso* de las potestades del Estado y palanca con que movía á su antojo la máquina social el clero venerable que tenía en sus manos las llaves del cielo y del infierno.

Pero en lo pedestre, y desde el punto de vista de desenfadado escribiente de oficina, volviendo á mi tema, los frailes eran mi gran tesoro de distracción y gustos.

Y era natural, las relaciones que se emprendían á la sombra de un fraile mendicante, llevaban aparejada la advertencia del voto de pobreza, y como los tipos más prestigiados solían tener el hábito roto y las manos sucias, el cabello descuidado y el rostro sin afeitar, circunstancias que solían alegarse como indicios de santidad y de sabiduría, un mozalbete mal vestido y peor perjeñado, era casi motivo de simpatía para las ovejas hambrientas del rebaño de San Francisco ó de Nuestro Padre San Agustín.

Por otra parte, y con independencia de las cualidades religiosas, aunque siempre realizadas por ellas mismas, había frailes que eran verdaderas notabilidades de todos géneros, y podían acreditarlo, ya un reverendo tocador de harpa, que era una maravilla, ya un agus-

tino que lloraba canciones, capaces de ablandar peñas; ya valientes como los franciscanos SS., ya busca pleitos y endiablados como cierto Mercedario de calzoneras y estoque, sombrero á la maldito y pistola de arzón, reata y caballo que ponía las patas delanteras sobre cualquier mostrador de pulquería en que su Paternidad quería apagar la sed.

Entre las familias de muchos Reverendos se notaba bienestar y repetición de *frasquitas* caseras; todas por supuesto con su barniz de devoción, y sin abandonar el Santo temor de Dios.

En Enero, rifas de Santos: en la urna se depositaban los nombres de todos los del Calendario, y si sacaba la cédula, se tenía por patrono todo el año.

Febrero.—Carnestolendas: retozos de cascarones y disposiciones de penitencia.

Marzo.—Suntuosos altares de Viernes de Dolores, paseo de las flores, comuniones.

Abril.—Semana Santa; y ya los novenarios y maitines, las fiestas de los Angeles y Santiago, y Santa Ana, las de la Candelaria en Tacubaya, el Señor del Claustro en Tacuba, las muchas de Guadalupe, la Romería de Chalma, la de Ameca, del Señor del Sacromonte, etc., etc.

Todo, sin contar fiestas particulares de capillas, iglesias y conventos.

En esas casas de familias eclesiásticas se adornaban albas, se lavaban y encarrujaban corporales, se emprendían obras magnas de bordado de paños de cálices, velos y vestidos de las imágenes.

De contado que el amor trascendía á incienso, y había sus comercios, sus cambios de afectos, así como sus rencillas y celos entre guardianas y predicadoras, confesoras y miseros que no había más que pedir.

Lo íntimo de esta sociedad era corrupto é insopor- table.

Sin pretender aplicaciones para evitar los escollos, ya del cinismo, ya de la hipocresía, consagrado mi corazón y hecha motivo de mis ensueños de ternura María, creía no sólo compatibles sino naturales é inocentes mis frecuentes divagaciones con el amor flo- tante, y puedo asegurar que esos amoríos de temporal y eterno, de entrevistas de cielo y de infierno que per- miten arrobamientos y retractaciones, éxtasis, místi- cos y tempestades de culpa y arrepentimiento, son de- liciosos. Un rizo guardado en una bolsita de reliquias, objeto de la veneración de una suegra en ciernes, re- calcitrante; un *ora pro nobis* intencional, con los ojos lanzando llamas.... Un arrepíentase usted y péro- neme el mal ejemplo; pero provocativa y revolucio- naria... Una cesación de toda manifestación munda- na, toda la Cuaresma, para obtener generosa revancha el Sábado de Gloria, goces son estos casi celestiales.

En estos amores lo verdaderamente incitante y sub- yugador, es el tránsito inesperado, repentino y explo- sivo de la atmósfera polar del sosiego místico á la can- dente de la pasión erótica. La transformación de la beata pudibunda y escrupulosa con un corazón bor- dado y su cinta de hija de María, en la joven resuelta

que no teme arrostrar peligros, ni quebrantar volun- tades, ni sacudir todo yugo, y en un momento dado, baja los ojos, acorta los pasos y se inclina hasta besar la tierra, ante la imagen de la Virgen, con edificación de toda la parentela que exclama: «Es una Santa.»

Las personas formales hablaban frecuentemente y con desastrado criterio de los predicadores, y más es- pecialmente de sus manías, de los confesores más ó menos escrupulosos, pues los había *tenderos* que sólo sabían decir *¿qué otra cosa?*, ríspidos que prohibían novelas y caracoles, y de *manga ancha* para quienes eran puñados de anises los más graves pecados mor- tales....

Penetrando bajo ese bosque de arbustos de santidad con perfumes de infantil inocencia, ¡qué zarzales de intrigas y vilezas! ¡qué víboras de delación y de es- pionaje! ¡qué complots tenebrosos cubiertos con el sigilo de la confesión!

La sistemática conducta para crear en la niña de la casa una vocación por el estado perfecto, fomentán- dolo con las muñecas, monjas, las visitas á las madres y más tarde aprovechando la fealdad, la madrastra im- prudente, el amor traicionado ó los bureos del papá viudo.

El acecho á la vieja acaudalada para estrecharla á su confesor, regalarle rosarios de Jerusalén, medidas del Señor de Chalma ó medallas de la Virgen, ceras de *Agnus* y Santo *Lignus*; rezos con indulgencias y es- tampas milagrosas, la perspicacia de espíar y dar avi-

so del peligro de muerte para el hacendado, noticias de su testamento, con herencias, misas y limosnas, todo esto se urdía con rara habilidad en las casas fraileras.

No se alentaban odios, pero se rezaba á San Judas Tadeo para que no volviese á la casa un importuno, ó se desterrase á quien servía de estorbo; no se deseaba mal á nadie, pero había sus rezos á propósito para que Dios acertase los pasos del novio antipático, del marido obstáculo y del hijo exigente; no se difamaba á ninguna persona; pero se pedía á Dios por la conversión de una alma en peligro, y con ese carácter, la maledicencia y la calumnia hacían su agosto, se envenenaba el reposo de una familia con una delación en el confesionario y se esquivaba cualquiera responsabilidad con el dictado de la conciencia.

«Lo primero es Dios y luego el alma» y con esa metilla se rompían vínculos, se atropellaban los fueros de la naturaleza, se autorizaban verdaderos crímenes.

En muchísimas familias dominaba el director de conciencia, y como era comitente, donde había director, quedaba suprimida toda autoridad, excepto la suya. La casa, la comida, el sueño, los paseos, la educación de los hijos, los pedidos de novia, todo obedecía á la influencia del encargado del bien de las almas.

La familia entera se esforzaba, sin desmayar un instante, en agasajar á *Tata padre* con encargos pecuniarios de misas y limosnas; camisas, pañuelos, calzado, libros, caballos y colocaciones á hijos sacrílegos, parientes de baja ralea y personas de estimación, entre

los que se solían contar tahures, galleros y pillastres de marca mayor.

Con estos elementos bastardos, con esos factores intrusos, con esos vicios internos, con ese conjunto falso, vicioso y corrosivo, el alma entera de la sociedad estaba matada, sin apereibir nadie el horrendo crimen de los falsificadores y traficantes con lo más sagrado de la creencia y lo más puro de la virtud.

Pero la mezcla de místico y de ridículo, en ninguna parte aparecía, con más vivos colores, que entre las monjitas.

Prescindo de describir las relaciones oficiales de las altas dignidades de la Iglesia con las altas dignidades del Convento: sus ceremonias, sus falsías, sus favoritismos para colocaciones de capitales, obras de caridad, etcétera. Desisto resueltamente á describir al mayordomo, ejemplar edificante en el templo, flexible, escurridizo, diplomático y pícaro especulador; con sus escurpones por la política, sus intimidades con la usura y sus ardidés para las vocaciones santas y las confianzas de las madres de Dios.

No dirigiré la luz de mi linterna á las categorías de *Madres graves* y *Reverendas*, plebe de monjas, niñas y criadas... nada de eso, más superficial y breve será mi tarea... y es mucho decir, porque la pluma se me salta de los dedos, para pintar con vivo colorido, el torno y la *puerta*, la *sacristía* y el *coro bajo*, á la *madre escucha* silenciosa como una sombra y á la *Maestra de Novicias*, de labios hundidos, bigote cerdoso,

biliosa, felina é implacable con la menor falta de sus subordinadas.

No es posible, detallando este bosquejo, descender á traducir el lenguaje peculiar de aquellas jaulas de seres humanos, endilgados á una bienaventuranza convencional, con sus milagros, sus lecturas y sermones, sus leyendas edificantes ó terríficas, su lenguaje conventual y sus relaciones con el mundo secular y fraileesco ó sus íntimas luchas con el enemigo malo.

En punto á milagros, los propalaban de modo de hacerles competencia á los más maravillosos de las *Mil y Una Noches* ó los cuentos azules de Laboulay.

Ya era la estatua de San Roque, olvidada en el Vaticano, quitándose el sombrero para que se recordase su canonización; ya el ángel vengador de Santa Rosa de Lima, haciendo que á su calumniador del robo de una gallina, le brotasen las plumas de la gallina en los carrillos, como una poblada patilla, trayendo sobre él el enojo y el ridículo. Ya se mostraba en Balvanera una mano negra como impresa con hierro candente, como tarjeta de un condenado que daba cuenta á un amigo de su mala fortuna. Ya era el Santo Niño de San Juan desnudándose de un catle de plata para socorro de un devoto; ya un burro que se arrodillaba al pasar Nuestro Amo, ya un siete de oros que se convertía en la prisión del Aposentillo para espantar á unos tahures que se atrevían á jugar en Viernes Santo.

Las leyendas místicas que hacían competencia á los milagros, eran divertidas sobre toda ponderación. Figu-

raba en ella el Señor del Rebozo, llamado así por el abrigo que le procuró la monja á quien visitaba para que no se acatarrase; no le iba en zaga la frustración de la prueba de adulterio convirtiendo Señor San José en flores para su altar los manjares y trastos en que le llevaban el almuerzo á un querido, y lances dramáticos como el que sigue, con el que pondré término á este edificante registro de maravillas místicas.

Es el caso que una linda morena de ojos negros, pestaña remangada y corazón de Dios te ampare, se entregó al amor por partida doble, porque para todo había en aquel cuerpecito salado. Debió sentir el marido el tufillo del agravio y saltó como demonio, armándose de puñal vengador y jurando que no le había de dejar echar *sobrecostura á su pañuelo*. Pero el irritado y sagaz marido no contaba con la huéspedea, es decir, no contaba con que su Pepitilla era devota rematada de Señor San José, cuya Santa Imagen tenía á la entrada de la casa, y cada vez que recibía visita *extra-oficial*, decía al Santo Patriarca, llena de Santo Patriarca. . . . «Cuidame; en tí confío, divino Patriarca.»

No obstante esta recomendación, el marido tenaz y obstinado en su acecho de los adúlteros, vió al querido penetrar en su casa, y verlo, desenvainar la tremenda daga, recorrer á saltos la escalera y penetrar á la sala, fué obra de un instante. . . . . Penetró frenético. . . . . en el medio de la sala, de pie, inmóvil, con su túnica verde, su capa amarilla, sus ojos dulces y apacibles le dijo con voz sosegada y cortés. . . . .

—¿Qué se ofrece caballero?.....

—Cómo qué! ¿quién es usted?

—Soy Señor San José que vine á visitar á la señora (por supuesto el amante había desaparecido).

Cayó de rodillas el marido..... llamó á la esposa, ofreció asiento á la visita..... y prometió al Santo entrar en ejercicios para arrepentirse de sus sospechas.

Ya se ve todo lo que tiene de monstruosa la tercería de los Bienaventurados en aventuras semejantes á esta.

En cuanto á lecturas, ¿quién no conoce á la Madre Agreda y al padre Parra, al *Flox Sanctorum* y Soleidades de la Vida? Respecto de oraciones recordaremos la admirable lógica del trisagio cuando dice:

Y como el demonio ufano  
Huye de terror y espanto.  
Ángeles y Serafines dicen Santo, Santo, Santo.  
Pues en los riesgos del mundo  
Nos cubris con vuestro manto.  
Ángeles y Serafines dicen Santo, Santo, Santo.

De los sermones podrían escribirse tomos enteros, conteniendo verdaderas blasfemias en el pésimo gusto del siglo diez y siete y en lo más imponderable de cuanto tuvo presente el padre Isla para su inmortal *Fray Gerundio*.

Aunque siento que se espesa mi tinta y se hace pesada esta parte de mis memorias, no quiero dejar de hacer reminiscencia de dos ó tres piezas de oratoria

sagrada, á pesar de haber hecho sabio y profundo análisis de esta literatura, mi amigo venerable y erudito, el Sr. Dr. D. Agustín Rivera en su obra preciosa titulada: *Filosofía en la Nueva España*.

Un celeberrimo padre dieguino decia en un sermón de Cuaresma, como dirigiéndose á su auditorio: «Tunantes, despejen ustedes la puerta; quitense de esas puertas donde os conduce una curiosidad diabólica; canalla!...» Así debería haberse dicho á la chusma judaica que se agolpaba á las puertas de Pilatos, sedienta de la sangre del Justo en expectativa de la sentencia de aquel maldito!

Otro fraile en un Viernes Santo:

«En el nombre del Padre y del Espíritu Santo Amén...» Señores ¿qué es esto? ¿he olvidado el modo de signarse del Cristiano? ¡Sacerdote infeliz! En el nombre del Padre y del Espíritu Santo ¿y el Hijo? ¡Ay de mí; el hijo ha muerto y de los muertos no hay quien se acuerde..... Yo sí, mi Dios! yo sí, y vengo á inclinarme ante el sagrado misterio de tu muerte.

¡Esto es delicioso!

La correspondencia de confesores y monjas, los versos y regalos, las conversaciones de puerta y reja, todo estaba saturado de un líquido de hipocresía que se filtraba en lo más íntimo.

Las aplicaciones de los libros místicos á las relaciones mundanas, eran de espantar. Respecto á confianzas y musa festiva, las suciedades fungían como desvergüenzas picarescas, y si fuera mi escuela positivista,

yo relataría versos nauseabundos, que pasaban por chistes y se conservan aún en obras impresas de hombres eminentes como el padre Sartorio y el esclarecido vate fray Manuel Navarrete; y en este punto la degeneración y el mal gusto llegaban al punto que se cambiaban estatuitas en actitudes inconvenientes, hechas de plata, y en vez de platonos se elegían trastos, aunque nuevos, fabricados para usos viles.

Pero eso sí, para dar un barniz pulcro á la conversación y á las relaciones con criadas, mandaderos, etc., era usual una *especie de argot* particular en que se encerraban bienhechores, amigos y gentes relacionadas con el Convento.

A los huevos se les llamaba *blanquillos*, á los chorizos *unos trás otros*, á los pechos *pantallas*, á la bacínica *arete*, á la morcilla *amor en su silla*, y así por el estilo.

Algunos conventos se distinguían por alguna particularidad, y ésta era fuente de renombre y motivo de atracción particular.

Regina, tostadas; San Jerónimo, calabazates; Santa Clara, suero; San Lorenzo, alfeñiques; San Bernardo, pastas y jaleas; la Concepción, empanadas; etc., etc.

Había en el interior de los conventos, remedos de las fiestas religiosas como posadas, pastorelas, paseos, etcétera, y de estos holgorios sacaba pingües gajes el Mayordomo, y los padrecitos buscas muy legales y lucrativas.

Pero estos y otros muchos gastos, se justificaban

con la bienaventuranza de las madres, los éxtasis de la madre Alanís, las prohibiciones para milagros, las tundas del demonio á las santas, los chascarrillos de los duendes y las finezas de los divinos esposos, que eran unas imágenes del Niño Dios, objeto de verdaderas atenciones y cuidados como persona viva y dotada de todas las cualidades que el común de los mortales.

No quiero terminar sin aludir á la más imponente de las ceremonias monjiles ó sea su despedirse del mundo real y entrada en ese mundo de superstición, falsía y embrutecimiento, bello ideal del bello sexo de mi patria, durante trescientos años.

Tengo manifestado que para los creyentes sinceros, para aquellos que dominando los sentimientos naturales ó exaltada la imaginación ó exaltada la creencia le creían dentro un mundo espiritual de luz y amor de música y ventura, los goces debían ser inefables, la edificación completa y el ejemplo al mundo edificante.

Crear y creer sinceramente en la comunicación con lo divino y lo eterno, en que la sublimidad del Eterno nos inunda y perfecciona, en que para llegar á esa perfección el dolor es auxiliar, la pobreza escala, mérito el llanto y victoria espléndida la muerte, que perdía su nombre para llamarse *tránsito*, todo esto, repito, aunque la filosofía lo pudiera llamar locura y la razón extravío, tenía verdaderos encantos celestiales en lo que pudiera llamarse el alma de aquella sociedad. Tiempo es de ocuparme de la Profesión.